

Kazuo Ishiguro

Pálida luz en las colinas



Después del suicidio de su hija mayor, Etsuko, una japonesa de cincuenta años instalada en Inglaterra, rememora momentos de su vida. Quizá la explicación de esta tragedia familiar se encuentre agazapada en aquel Japón de los años cincuenta que se recuperaba de las heridas de la guerra y del traumatismo de la bomba atómica...

En la memoria de Etsuko aparece de forma obsesiva, recurrente la imagen de otra mujer, Sachiko, una amiga y vecina que vivía sola con su hija Mariko. Dos personajes enigmáticos, a cuál más inquietante. La pequeña Mariko parece haber vivido una cruel y dolorosa experiencia, que reduce a la nada, tanto para ella como para su madre, la esperanza de una vida tranquila, lejos de las ataduras de la rígida tradición japonesa.

La relación ambigua de Etsuko con Sachiko y Mariko está en el centro del enigma del libro. ¿El examen del pasado conseguirá exorcizar los demonios del presente?

PRIMERA PARTE

1

Niki, el nombre que al final le pusimos a mi hija pequeña, no es una abreviatura, fue un acuerdo al que llegué con su padre. Por paradójico que parezca, fue él quien quiso ponerle un nombre japonés, pero yo, impulsada quizá por el deseo egoísta de no querer recordar el pasado, insistí en un nombre inglés. Al final, consintió en ponerle Niki, pensando que este nombre tenía ciertas resonancias orientales.

Niki vino a verme a principios de este año, en abril, cuando los días eran todavía fríos y húmedos. Quizá tenía intención de quedarse más tiempo, no lo sé, pero mi finca y la calma que allí reinaba la intranquilizaban y, poco tiempo después noté que se sentía ansiosa por volver a su vida en Londres. Oía mis discos de música clásica con impaciencia y hojeaba rápidamente una revista tras otra. La llamaban por teléfono constantemente y entonces ella, con unas ropas muy ceñidas que apretaban su delgada silueta, cruzaba la alfombra dando zancadas, asegurándose de cerrar la puerta para que yo no alcanzase a oír la conversación. Al cabo de cinco días, se marchó.

Hasta el segundo día no mencionó a Keiko. Era una mañana de viento, gris, y habíamos acercado los sillones al ventanal para ver caer la lluvia en el jardín.

—¿Esperabas que fuese? —me preguntó. Al funeral, quiero decir.

—No, supongo que no. En realidad, no pensé que fueras a ir.

—Me desconcertó oír hablar de ella. Estuve a punto de asistir.

—En ningún momento conté con que fueses.

—La gente no sabía lo que me pasaba —dijo. No se lo conté a nadie. Supongo que me sentía violenta. En realidad, nadie lo habría comprendido. Nadie habría comprendido mi actitud. La gente piensa que las hermanas son personas a las que estás muy unida. Quizá no les tienes mucho aprecio, pero estás muy unida a ellas. Sin embargo, no era ése mi caso. Ahora ni siquiera recuerdo su aspecto.

—Sí, ya ha pasado bastante tiempo desde que la viste por última vez.

—Sólo la recuerdo como alguien que solía hacerme desgraciada. Eso es lo que recuerdo de ella. Sin embargo, lo lamenté mucho cuando me enteré.

Quizá no fuese la calma lo único que impulsó a mi hija a volver a Londres. Aunque nunca nos explayábamos mucho en torno a la muerte de Keiko, era un tema cuya presencia sentíamos cerca, a nuestro alrededor, cada vez que hablábamos.

Keiko, a diferencia de Niki, era totalmente japonesa, y más de un periódico se apresuró a resaltar esta circunstancia. Los ingleses son muy dados a pensar que en nuestra raza el suicidio es algo instintivo, como si no fuese necesario dar más explicaciones; por eso, lo único que contaron fue que era japonesa y que se había ahorcado en su habitación.

Esa misma noche, estaba yo de pie junto al ventanal, contemplando la oscuridad, cuando detrás de mí oí decir a Niki:

—¿En qué estás pensando ahora, madre?

Ella estaba echada en el sofá, con un libro en las rodillas.

—Estaba pensando en alguien que conocí una vez. Una mujer.

—¿Alguien que conociste cuando tú..., antes de venir a Inglaterra?

—La conocí cuando vivía en Nagasaki, si te refieres a eso. —Niki seguía observándome, de modo que añadí—: De eso hace bastante tiempo. Mucho antes de conocer a tu padre.

Pareció quedarse satisfecha y, musitando algo, volvió a coger el libro. Niki era una criatura muy afectuosa en muchos sentidos. No sólo había venido a ver cómo me había sentado la noticia de la muerte de Keiko; el venir a verme también había sido un gesto de buena voluntad. Durante los últimos años se había empeñado en manifestar su admiración por algunos aspectos de mi pasado, y vino dispuesta a decirme que nada había cambiado, que no debía arrepentirme por las decisiones tomadas antaño. En resumidas cuentas, para infundirme la seguridad de que yo no era responsable de la muerte de Keiko.

Ahora no tengo muchas ganas de hablar de Keiko. No es algo que me consuele. Sólo la he mencionado porque ésas fueron las circunstancias que rodearon la visita de Niki el pasado mes de abril, y porque durante esa visita volví a recordar a Sachiko después de tanto tiempo. Nunca conocí bien a Sachiko. En realidad, nuestra amistad fue cosa de unos cuantos meses de verano, hace ahora muchos años.

Para entonces ya habían pasado los peores días. Había tantos soldados americanos como siempre, pues había guerra en Corea. Pero en Nagasaki, después de todo lo sucedido, aquéllos eran días de tranquilidad y consuelo. Se tenía la sensación de que el mundo estaba cambiando.

Mi marido y yo vivíamos en un barrio al este de la ciudad. Un corto recorrido en tranvía nos separaba del centro. Cerca de nuestra casa pasaba un río y, en una ocasión, me contaron que antes de la guerra se había formado una aldea a la orilla del río. Pero después cayó la bomba y sólo quedaron ruinas carbonizadas. Se empezó a reconstruir y en poco tiempo levantaron cuatro edificios de cemento, ca-

da uno de unas cuarenta viviendas independientes. De los cuatro, el nuestro fue el último, y con él quedó interrumpido el programa de reconstrucción. Entre nuestra casa y el lecho del río había una extensión de tierra baldía, varios acres de barro seco y zanjas. Muchos se quejaban de que aquello era un riesgo para la salud y, en efecto, el alcantarillado era malísimo. Durante todo el año había cráteres llenos de agua estancada, y en los meses de verano los mosquitos resultaban insoportables. De vez en cuando aparecían por allí funcionarios que medían pasos o tomaban datos precipitadamente, pero transcurrieron los meses y todo siguió igual.

En los bloques de viviendas residía gente como nosotros, matrimonios jóvenes de los cuales el marido había encontrado un buen trabajo en empresas con futuro. Muchos pisos eran propiedad de las empresas y éstas los alquilaban a sus empleados a muy buen precio. Todos los pisos eran idénticos. En los suelos había tatami. Los cuartos de baño y la cocina tenían diseño occidental. Los pisos eran pequeños y resultaba difícil mantenerlos frescos durante los meses de más calor, pero, en general, los que vivían allí parecían sentirse satisfechos. Con todo, recuerdo que se respiraba un inconfundible aire de transitoriedad, como si todos esperásemos el día en que pudiéramos mudarnos a un sitio mejor.

Un caserón de madera había sobrevivido a la devastación de la guerra y a las apisonadoras del gobierno. Yo alcanzaba a verlo desde la ventana, allí en medio, solitario, al fondo de aquella extensión de tierra baldía, prácticamente al borde del río. Era el tipo de caserón que con frecuencia se ve en el campo, de techo inclinado con tejas casi tocando el suelo. A menudo, en mis ratos muertos, me ponía en la ventana a contemplarlo.

A juzgar por el interés que suscitó la llegada de Sachiko, yo no debía de ser la única que contemplaba el caserón. Se rumoreaba que un día habían visto a dos hombres trabajando por allí, y si serían o no empleados del gobierno. Des-

pués, se rumoreó que una mujer y su hija estaban viviendo en el caserón; en varias ocasiones, yo misma las vi cruzando el terreno lleno de zanjas en esa dirección.

Por entonces, a principios de verano, vi por primera vez aquel gran coche blanco americano, bastante estropeado, que se dirigía hacia el río dando tumbos por el descampado. La tarde estaba ya muy avanzada y el sol, que se ocultaba tras el caserón, irradió brillantes destellos sobre la carrocería metálica.

Después, otra tarde, en la parada del tranvía vi a dos mujeres hablando acerca de la que se había mudado a la casa abandonada junto al río. Una le explicaba a la otra cómo esa mañana le había dicho algo a la mujer, y que ésta le había hecho un desaire. La oyente estaba de acuerdo en que la recién llegada parecía algo antipática, orgullosa quizá. Como mínimo debía de tener treinta años, pensaban ellas, ya que la niña tenía por lo menos diez. La primera mujer dijo que la forastera se había expresado en un dialecto de Tokio y que, con toda seguridad, no era de Nagasaki. Durante un rato hablaron de su «amigo americano», y la mujer insistió en lo antipática que la forastera había sido con ella aquella mañana.

Ahora no tengo ninguna duda de que entre aquellas mujeres con quienes yo vivía, unas habían sufrido y otras tenían recuerdos tristes y horribles. Sin embargo, al verlas un día tras otro, ocupadas con sus maridos y sus hijos, me resultaba difícil creer que sus vidas hubiesen padecido las tragedias y pesadillas de la guerra. Nunca fue mi intención parecer antipática, pero probablemente tampoco hice ningún esfuerzo especial por parecer otra cosa. En aquellos momentos de mi vida, todavía deseaba que me dejaran sola.

Entonces escuché con interés a aquellas mujeres que hablaban de Sachiko. Recuerdo con toda claridad aquella tarde en la parada del tranvía. Era uno de los primeros días en que brillaba el sol después de la estación lluviosa de ju-

nio, y a nuestro alrededor las superficies de ladrillo y cemento completamente empapadas se estaban secando. Estábamos en un puente del ferrocarril, y, a un lado de los raíles que había al pie de la colina, podía verse un grupo de tejados, como si un montón de casas se hubiese desmoronado por la pendiente. Al otro lado de las casas, un poco más lejos, se veían nuestros bloques allí plantados, como cuatro pilares de cemento. En ese momento sentí una especie de solidaridad con Sachiko, y en cierto modo comprendí esa frialdad que había notado en ella al observarla desde lejos.

Aquel verano nos haríamos amigas, y al menos durante un corto período de tiempo, llegaría a tener confianza en mí. Ahora no estoy muy segura de cómo fue la primera vez que nos encontramos. Recuerdo que una tarde reconocí su cara delante de mí, en el camino que conduce fuera de la urbanización. Me di prisa, pero Sachiko siguió caminando a grandes zancadas. Por aquel entonces ya nos debíamos conocer de oídas, pues recuerdo que cuando estuve más cerca la llamé. Sachiko se volvió y esperó a que la alcanzase.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Me alegro de haberte encontrado —dije yo, casi sin aliento. Tu hija se estaba peleando justo cuando yo salía. Allí detrás, cerca de las zanjas.

—¿Estaba peleándose?

—Con un niño y una niña. Parecía una pelea bastante desagradable.

—Ya veo. —Sachiko empezó a andar otra vez.

La seguí.

—No quiero alarmarte —dije—, pero parecía una pelea muy violenta. Me ha parecido que tu hija tenía un corte en la mejilla.

—Ya veo.

—Era allí detrás, al borde del descampado.

—¿Y crees que aún estarán peleando? —Siguió subiendo por la colina.

—No. Vi a tu hija salir corriendo.

Sachiko me miró y sonrió:

—¿No estás acostumbrada a ver pelearse a los niños?

—Bueno, supongo que todos los niños lo hacen. Pero pensé que debía decírtelo. ¿Sabes?, no creo que tu hija se dirigiese a la escuela. Los demás niños siguieron hacia el colegio, pero ella fue hacia el río.

Sachiko no hizo ningún comentario y siguió subiendo por la colina.

—En realidad, quería habértelo comentado antes. ¿Sabes?, últimamente he visto a tu hija en bastantes ocasiones, y me pregunto, quizá, si no ha estado holgazaneando un poco.

El sendero se bifurcaba en lo alto de la colina, Sachiko se detuvo y nos volvimos una hacia la otra.

—Es muy amable de tu parte que te preocupes tanto, Etsuko —dijo. Muy amable, estoy segura de que serás una madre fantástica.

Anteriormente me había figurado, como las mujeres de la parada del tranvía, que Sachiko tendría unos treinta años. Pero su silueta juvenil resultaba engañosa, su cara era de persona mayor. Me observaba fijamente con una expresión un tanto divertida, y algo en su forma de mirarme me hizo sonreír tímidamente.

—Etsuko, de verdad que aprecio el que hayas venido a buscarme —prosiguió. Pero como puedes ver, precisamente ahora estoy bastante ocupada. Tengo que ir a Nagasaki.

—Ya veo. Sólo pensé que era mejor venir a decírtelo. No era más que eso.

Por un instante siguió mirándome fijamente con la expresión divertida de antes. Después dijo:

—¡Qué amable eres! Ahora, te ruego que me disculpes. Tengo que ir a la ciudad. —Hizo una reverencia y se dirigió hacia el camino que llevaba a la parada del tranvía.

—Es que precisamente tenía un corte en la cara —dije, levantando un poco la voz. Y en algunas zonas, el río es

muy peligroso. Sólo pensé que era mejor venir a decírtelo.

Se volvió y me miró una vez más.

—Si no tienes otra cosa que hacer —dijo—, quizá te gustaría cuidar de mi hija durante el día. Volveré esta tarde. Estoy segura de que te llevarás muy bien con ella.

—No me molesta, si es lo que deseas. La verdad es que tu hija parece demasiado pequeña como para dejarla sola todo el día.

—De verdad eres muy amable —dijo Sachiko otra vez. Después volvió a sonreír. Sí, estoy segura de que serás una madre fantástica.

Después de despedirme de Sachiko, volví a mi casa bajando por la colina y cruzando la urbanización. En seguida me encontré en nuestro edificio, frente a la extensión de tierra baldía. Al no ver rastro de la niña, estuve a punto de entrar, pero en ese momento advertí que algo se movía junto a la orilla. Mariko debía de haber estado agachada, ya que ahora alcanzaba a ver con toda claridad su pequeña silueta al otro lado del lodazal. En un principio tuve el impulso de olvidarme de todo y volver a mis tareas domésticas; sin embargo, al final me encaminé hacia ella procurando evitar las zanjas.

Que yo recuerde, ésa fue la primera vez que hablé con Mariko. Probablemente aquella mañana no hubiese nada extraordinario en su conducta ya que, después de todo, yo era una extraña para la niña y tenía todo el derecho a mirarme con sospecha. Y si bien es verdad que en ese momento noté un curioso sentimiento de inquietud, tal vez no fue más que una mera respuesta a la conducta de Mariko.

Aquella mañana, después de la estación de lluvias que habíamos tenido hasta unas semanas antes, el río iba bastante alto y fluía con rapidez. El terreno caía a pico antes de llegar a la orilla y el barro acumulado al final de la pendiente, donde estaba la niña, parecía claramente más húmedo. Mariko llevaba puesto un simple vestido de algodón hasta las rodillas, y el pelo corto le hacía cara de chico. Levantó la

mirada sin sonreír hacia donde yo estaba, en lo alto de la pendiente fangosa.

—Hola —le dije—, justamente acabo de hablar con tu madre. Tú debes de ser Mariko-San^[1].

La niña siguió mirándome fijamente, sin decir nada. Lo que antes había creído que era una herida en la mejilla, ahora vi que era una mancha de barro.

—¿No deberías estar en el colegio? —le pregunté.

Por un momento permaneció silenciosa. Después dijo:

—Yo no voy al colegio.

—Pero todos los niños deben ir al colegio. ¿Es que no te gusta ir?

—Yo no voy al colegio.

—¿Pero no te ha enviado tu madre a algún colegio?

Mariko no contestó. En vez de eso, dio un paso atrás y se alejó de mí.

—Cuidado —le dije. Vas a caerte al agua. Está resbaladizo.

Continuó mirándome desde la parte baja de la pendiente. A su lado vi sus zapatitos en el fango. Sus pies descalzos, así como sus zapatos, estaban llenos de barro.

—Acabo de hablar con tu madre —le dije sonriendo, tratando de tranquilizarla. Me dijo que sería una excelente idea si te vinieras y la esperaras en mi casa. Es justo ahí, en aquel edificio. Podrías venir y probar unos pasteles que hice ayer. ¿Te gustaría, Mariko-San? Podrías contarme tus cosas.

Mariko prosiguió mirándome con atención. En ese momento, sin apartar su mirada, se agachó y cogió sus zapatos. Al principio pensé que me seguiría, pero después, al continuar mirándome fijamente, me di cuenta de que había cogido los zapatos con intención de salir corriendo.

—No voy a hacerte daño —le dije con una sonrisa nerviosa. Soy amiga de tu madre.

Que yo recuerde, eso fue todo lo ocurrido entre nosotras aquella mañana. No quise asustar más a la niña y al po-

co rato volví a casa a través del descampado. La verdad es que la respuesta de la niña me había desconcertado un poco, ya que por aquel entonces tales insignificancias podían suscitar en mí todo tipo de temores acerca de mi maternidad. Me dije a mí misma que lo sucedido no tenía importancia y que, de todos modos, en los próximos días se presentarían otras oportunidades de hacerme amiga de la niña. De hecho, no volví a hablar con Mariko hasta cierta tarde, unos quince días después.

Nunca había entrado en el caserón hasta aquella tarde, y me quedé bastante sorprendida cuando Sachiko me pidió que lo hiciera. En realidad, en seguida me pareció que lo había dicho con alguna intención, y, tal como salieron las cosas, no me equivocaba.

En el caserón todo estaba muy ordenado, aunque recuerdo una dejadez total en el ambiente. Las vigas de madera que atravesaban el techo parecían viejas y poco seguras, y por todos lados reinaba un ligero olor a humedad. En la parte delantera del caserón las mamparas principales estaban abiertas para que el sol entrara por la terraza. Sin embargo, casi todo el lugar permanecía a oscuras.

Mariko estaba en un rincón, lejos de la luz del sol. Noté que algo se movía detrás de ella, en la oscuridad, y cuando me acerqué vi un gato muy grande enroscado sobre el tatami.

—Hola, Mariko-San —le dije—, ¿te acuerdas de mí?

Dejó de acariciar al gato y levantó la mirada.

—Nos vimos el otro día —seguí diciendo—, ¿no te acuerdas?, estabas junto al río.

La niña no dio muestras de reconocerme. Me miró durante un rato y después empezó de nuevo a acariciar al gato. Detrás de mí oía a Sachiko preparando el té en el hornillo que había en medio de la habitación. Estaba a punto de acercarme a ella cuando Mariko dijo de pronto:

—Va a tener gatitos.

—¿De verdad? ¡Qué bien!

—¿Quiere uno?

—Eres muy amable, Mariko-San. Ya veremos. Pero estoy segura de que todos encontrarán muy buenos hogares.

—¿Por qué no se lleva un gatito? —dijo la niña—, la otra mujer dijo que se llevaría uno.

—Ya veremos, Mariko-San. ¿De qué otra mujer hablas?

—La otra. La que vive al otro lado del río. Dijo que se llevaría uno.

—No creo que nadie viva al otro lado del río, Mariko-San. Allí sólo hay árboles y bosques.

—Dijo que quería llevarme a su casa. Vive al otro lado del río, pero yo no fui.

Me quedé mirando a la niña un segundo. De pronto me acordé de algo y sonreí.

—Pero si era yo, Mariko-San. ¿No te acuerdas? Te pedí que vinieses a mi casa mientras tu madre estaba fuera, en la ciudad.

Mariko volvió a mirarme.

—No, usted no —dijo. La otra mujer. La que vive al otro lado del río. Anoche estuvo aquí, mientras madre estaba fuera.

—¿Anoche? ¿Mientras tu madre estaba fuera?

—Dijo que quería llevarme a su casa, pero yo no fui. Estaba oscuro. Dijo que podíamos llevarnos el farol —y señaló un farol colgado en la pared—, pero no fui porque era de noche.

Detrás de mí, Sachiko se había puesto de pie y estaba mirando a su hija. Mariko se quedó silenciosa, se dio la vuelta y empezó de nuevo a acariciar al gato.

—Vamos fuera, a la terraza —me dijo Sachiko. Llevaba las cosas del té en una bandeja. Allí hace más fresco.

Hicimos lo que había sugerido, dejando a Mariko en el rincón. Desde la terraza no se alcanzaba a divisar el río, pero podía ver dónde empezaba la pendiente y, cuanto más

cerca del agua, el barro se hacía cada vez más húmedo. Sachiko se sentó en un cojín y empezó a servir el té.

—Los gatos callejeros dan vida al lugar —dijo. Lo de esos gatitos, no lo veo tan fácil.

—Sí, hay tantos gatos sueltos por ahí —dije yo. Es una lástima. ¿Mariko se encontró esa gata en algún lugar cerca de aquí?

—No, nos la trajimos con nosotras. Yo habría preferido no traerla, pero Mariko no quería ni pensarlo.

—¿Os la trajisteis todo el camino desde Tokio?

—No, no. Llevamos viviendo en Nagasaki casi un año. Al otro lado de la ciudad.

—¿De veras? No lo sabía. ¿Vivíais allí con... amigos?

Sachiko dejó de servir té y me miró con la tetera entre sus manos. En su mirada encontré algo de aquella expresión divertida con que me había observado la primera vez.

—Me temo que estás muy equivocada, Etsuko —dijo por fin. Después empezó a servir té de nuevo. Vivíamos en casa de mi tío.

—Te aseguro que yo sólo...

—Sí, claro, ya lo sé. No tienes que sentirte molesta, ¿de acuerdo? —Sonrió y me pasó mi taza de té. Lo lamento, Etsuko, no quería molestarte. Precisamente tengo algo que pedirte. Un pequeño favor. —Sachiko empezó a servir té en su taza, y mientras lo hacía sus gestos adquirieron un aire más serio. Después dejó la tetera en su sitio y me miró. Compréndelo, Etsuko, tenía algunos planes que no han salido según lo previsto. El caso es que necesito dinero. Puedes imaginarte que no se trata de una gran suma, sólo una pequeña cantidad.

—Sí, lo imagino —dije yo bajando la voz. Tu situación debe de ser muy difícil, teniendo que pensar en Mariko-San.

—Etsuko, ¿puedo pedirte un favor?

Yo incliné la cabeza.